enriquecimiento, si se diese a cada obrero lo suyo, lo que ha ganado en justicia y en equidad.

Por esto el Socialismo, tanto el estatal como el anarquista, es enemigo del capital, no de los capitalistas personalmente. Falta, pues, a la verdad, por ignorancia o por mala fe, quien diga que, al difundir las ideas socialistas, se desea y procura despertar en los pobres animadversión contra los ricos.

El Socialismo bien entendido, que constituye una ciencia muy elevada, sabe distinguir las personas de las cosas y de las instituciones. Va contra la inarmónica distribución de la riqueza mundial, no contra los seres humanos, víctimas en un sentido o en otro de tal distribución inarmónica.

No se trata de odiar ni dañar a los ricos, sino de impedirles que vivan a costa de los pobres. Se quiere que sean productores, sin dejar de ser consumidores; puesto que al presente consumen sin producir, y acumulan por añadidura una buena porción de las producciones ajenas.

Aunque otra cosa parezca, los primeros beneficiados con el Socialismo son los ricos, porque se les pone en condiciones de gustar los placeres del trabajo espontáneamente escogido y practicado, y porque se les liberta del temor y de la pesadumbre de ser combatidos y detestados con más o menos franqueza. Ahora, en este régimen de desigualdad exorbitante y cruel, es cuando los pobres sienten animadversión manifiesta contra los ricos, sin que nadie se lo inculque, sin que nadie se lo insinúe siquiera, sino por un impulso natural y explicable de lógica defensa; impulso que toma carácter pasional sobre todo en las personas que no reflexionan ni ahondan, las cuales representan aun la mayoría.

En pleno Socialismo, sucedería todo lo contrario. No habiendo ricos ni pobres, siendo todos iguales en las facultades de producir según sus gustos y potencias y de consumir conforme sus necesidades, nadie podría oponerse ni malquerer a nadie. Nada suaviza, enternece y aproxima tanto como la igualdad dentro de la libertad más omnímoda. Igualar a los humanos en los medios y en las posibilidades usufructuarias es acercarlos. El odio de los pobres no es más que un instinto defensivo, que puede orientarse o desorientarse según los casos y las circunstancias, hasta depurarse y convertirse en amor, o hasta quedar estancado en un rencor sistemático e infecundo. Destruir la desigualdad social es acabar con la causa de todas las animadversiones. Mientras persista la causa perdurarán sin remedio los efectos.

El Socialismo en su concepción amplísima y general es un ideal de fraternidad, tanto por sus esencias como por sus procedimientos y como por sus objetivos. No pretende rematar a los ricos en su calidad fundamental y perpetua de hombres, sino en su aspecto eventual y transitorio de detentadores privilegiados de los bienes comunes. Quiere ascender a todo parásito hasta la categoría de productor, o sea, de hombre cabal. Se propone trasformar a los seres humanos igualándolos, para que puedan amarse de verdad.

Al reponer a un rico en trabajador, es innegable que se le da una prueba patente de afecto, aunque él no lo comprenda ni lo quiera; es innegable que se labora por su perfeccionamiento; es innegable que se le hace un favor inmenso y multiforme, favor que repercutirá después por entre toda la Humanidad, capacitando a unos y a otros para la más positiva compenetración fraterna y solidaria. Esa es la misión purificante, pacificadora y sublime del Socialismo. ¿Qué razón puede ilustrar a quienes le achacan, por error o por fanatismo unas animadversiones que se afana precisamente por combatir y anular?

Hoy mismo, sin haber llegado a una completa solución socialista de los magnos problemas humanos, todo lo que hay en la Tierra de más generoso, de más consolador, de más comprensivo, de más bello, de más grande, de más concertador, de más cariñoso es obra del Socialismo, joven aun, pero ya simpático y veloz conquistador de muchas buenas voluntades. El Socialismo es la euritmia de las relaciones humanas, el equilibrío entre los gastos y los ingresos de la economía individual y social.

Todavía quedan algunos equivocados o mordaces, por fortuna más escasos de día en día, que cuelgan al Socialismo la disparatada finalidad de cambiar de manos las riquezas, trocando a los pobres en ricos y a los ricos en pobres. Eso no tendría gracia ni resolvería ningún mal. El Socialismo es más penetrador, va muchísimo más lejos. Apetece un radical revolucionamiento de la propiedad; nunca la simple mutación de los propietarios. Que to-